

CARPENTIER, Alejo: *El derecho de asilo*. Editorial Lumen. Palabra Menor. Barcelona, 1972, 71 págs.

Un nuevo relato —esta vez corto— ha salido a la luz en el año 1972. En esta edición se incluyen dibujos de Marcel Berges, que ilustran sabiamente el libro; Carpentier aumenta así en cantidad su lista de obras, si bien es verdad que no se puede decir de ella que sea un gran libro, sobre todo si intentamos compararlo con *El siglo de las luces* y *Los pasos perdidos* (con las que no se puede igualar, aunque sólo sea por la extensión), el autor ha puesto en ella todo lo que tiene de su genio creador, eso sí, sin hacer innovaciones de ningún tipo; los elementos componentes de este libro han aparecido ya en otras obras suyas, como veremos a continuación. El tiempo es uno de ellos. Baste recordar, por decir el más representativo, su libro *La guerra del tiempo*, que no es otra cosa que un escaparate de juegos malabares con dicho elemento. Por otra parte, la ironía que se desprende de casi toda su obra, especialmente de *El siglo de las luces* (¿qué quedó de aquel afán por implantar las ideas liberadoras de la Revolución francesa en la Guadalupe?), se hace patente también en esta obra.

Su forma expresiva tampoco ha cambiado. Volvemos a encontrar al Carpentier barroco de su obra anterior, sus frases largas, sus anacolutos, sus enumeraciones exhaustivas, etc., que tanto le caracterizan, han vuelto a aparecer en este nuevo libro.

*El derecho de asilo* cuenta la historia de un personaje de la vida política que, a consecuencia de un golpe de estado, se convierte en asilado, y por los avatares del azar, se encuentra siendo embajador del país que le acoge —cosa paradójica— en el país al que pertenecía anteriormente.

El libro comienza con una cita del artículo 2.º del Convenio redactado por la Conferencia Panamericana reunida en la Habana el año 1928. Dicho artículo hace alusión al derecho de asilo y le sirve a Carpentier como base para escribir una obrita, en la que intenta dar muestra de algunos aspectos de la política en Hispanoamérica (generalizamos, puesto que el autor no cita ningún nombre concreto, solamente habla de un «país de la América Latina», un «país fronterizo», «nación de aquí», «nación vecina», «país pobre», etc.).

No cabe duda de que los aspectos a los que alude Carpentier pueden ocurrir hoy en muchos puntos de la América hispana: golpes de estado, problemas fronterizos, negligencias en la vida diplomática, intervención de la política norteamericana, dictaduras, etc. Sin embargo, el engranaje principal del relato gira en torno al problema de la frontera entre dos países. Este problema que se va agudizando a lo largo de toda la obra, parece que llega a tener solución cuando el asilado propone un plan de neutralización, plan que es aceptado como bueno, pero que si se pone en práctica, no es tanto por sí mismo, sino porque se dan cuenta de «que los Estados Unidos habían adquirido grandes concesiones mineras en territorio litigioso».

Lo primero que llama la atención del lector es el título de cada uno de los capítulos:

- I. Domingo.
- II. Lunes.
- III. Otros lunes (cualquier lunes).

- IV. Un lunes que puede ser viernes.
- V. Viernes en lunes o jueves en martes próximo.
- VI. Cualquiera día.
- VII. Hacia un martes.

Esto es, una repetición de días de la semana que deja al lector expectante. Hay una ambigüedad desconcertante que va desde el tercer capítulo hasta el sexto. ¿Qué significa todo esto? En primer lugar, y sobre todo, que aparece aquí también la preocupación por el tiempo, como ya apuntábamos anteriormente. En efecto, el título de cada capítulo hace alusión al contenido de los mismos: el secretario de la Presidencia y Consejo de Ministros, desde el día en que se provoca el golpe de estado y tiene que recurrir al derecho de asilo —es decir, el lunes—, comienza a perder la noción del tiempo, encerrado en la embajada que lo acoge. En su habitación transcurren los días sin fin, rodeado únicamente de aquello que ve y oye por la ventana: los latines de los oficios de una iglesia próxima, los objetos que se ven en una ferretería quincalla y el escaparate de una juguetería norteamericana. En esta habitación comienza el asilado a vivir «un tiempo sin tiempo», es a este momento al que corresponden los capítulos cuyos títulos ofrecen mayor ilogicidad e incompreensión en su contenido temporal. Por fin su situación cambia al ser conocidos los «trabajos» que durante su época de inactividad en la embajada había hecho por el que todavía no era su país, lo que le hace merecedor a su nombramiento de embajador. A partir de ahora los capítulos (los dos últimos) van recobrando su lógica y los días vuelven «con sus nombres a encajarse dentro del tiempo dado al hombre».

En la tienda de juguetes norteamericana encuentra Carpentier un símbolo que acompaña al protagonista en su período de asilo: un pato Donald; mientras el asilado se encuentra encerrado en su habitación siempre habrá un pato Donald en el escaparate de la juguetería que él ve (aunque sea comprado por algún niño siempre será repuesto). Este pato Donald le sugiere al protagonista las palabras «eternidad, intemporalidad», y le lleva a preguntarse cuántos meses le quedan «por vivir en este mundo situado entre la eternidad de Dios y la eternidad del pato Donald». A causa de un tiroteo el pato Donald es derribado por un balazo y no puede ser repuesto porque es día de fiesta y la tienda está cerrada. La caída del pato coincide con el término de ese «tiempo sin tiempo» en el que había vivido el asilado.

Un aspecto importante de la obra es la ironía, localizada sobre todo en los últimos capítulos. Carpentier presenta la vida política en Sudamérica como una lucha por el poder en donde se presentan dos caras, semejante a una representación teatral. El autor la llama en un momento dado la «amable comedia», donde el general Mabillan —el dictador del momento— que produjo el golpe de estado es el «escenógrafo máximo».

En este teatro se representa entre el pueblo la comedia de la lucha por un fin común: resolver el problema de la frontera, pero en la tramoya se perfilan netamente los intereses personales de cada actor. Prueba de ello es el diálogo que mantienen el asilado convertido en embajador el día que presenta las credenciales al general. Cara al público se habla de «prosperidad» «amistad», «hermanos», «nuestra América», etc. Pero entre ellos la conversación es distinta: «Eres un cabroncito, Ricardo.» «¿Y qué tal las mujeres refinadas y con conversación, mi general?» «Vete al carajo.» Sin embargo, meses antes el embajador

hubo de salir huyendo ante el golpe de estado dado por el general Mabillan.

Alejo Carpentier, como en otras ocasiones, ha logrado plasmar hábilmente, en pocas páginas, parte de una realidad hispanoamericana.

J. M.

*Los personajes de Sábado*. Introducción y selección de Helmy F. Giacomán. Emecé editores. Buenos Aires, 1972, 204 págs.

Un nuevo volumen de estudios dedicados a *El túnel*, la novela de Ernesto Sábato que, desde su aparición, en 1948, viene suscitando innumerables críticas y comentarios.

La iniciativa de Giacomán con este trabajo sorprende un poco si se tiene en cuenta que paralelamente edita en *La casa de las Américas* unos compendios semejantes, aunque más ambiciosos cuantitativamente, sobre distintos autores de la actual narrativa hispanoamericana, autores entre los cuales se encuentra Ernesto Sábato. Sin embargo, el volumen dedicado al novelista argentino todavía no ha sido distribuido en España, por lo que es de agradecer el avance que este compendio representa.

Comprende el volumen seis ensayos, algunos de ellos publicados con anterioridad en distintas revistas de Estados Unidos e Hispanoamérica. Todos los trabajos denotan un profundo conocimiento de la obra del gran escritor argentino, a quien algunos de estos comentaristas han dedicado incluso sus tesis de licenciatura y doctorado.

El primero de los artículos, firmado por Jorge García Gómez, se refiere a «La estructura imaginativa de Juan Pablo Castel». Según García-Gómez, la unidad, y por tanto la eficacia, de la novela *El túnel*, radica fundamentalmente en la unidad de conciencia del protagonista, quien, por medio de una serie de conexiones va globalizando las tres temporalidades: presente, pasado y futuro. Efectivamente, el tiempo vivido por Castel —ajeno por completo al tiempo objetivo y rectilíneo de los relojes— es un tiempo en el cual los acontecimientos no suceden linealmente, sino que, implicándose en su interioridad, esos acontecimientos dan lugar a una «monstruosa trama», como el propio Castel confiesa, en virtud de un entrecruzamiento de lo ocurrido y lo presentado matizado por un pasado irremediable y en pos de un anhelante y emocional futuro. Todo ello sometido a una constante interpretación y reinterpretación.

«Lo que regla e impera en la obra no es el tiempo, ni la sucesión en el tiempo, sino lo que une y sintetiza lo que le acontece en el tiempo. Y eso es precisamente la conciencia, la oscura presencia de sí mismo», dice García-Gómez (pág. 20) y en otro momento: «En rigor, lo que hay son los tiempos míos (de Castel) y la trabazón entre accidental y determinada de esos tiempos.» De aquí la irremediable situación de vivir en «túneles paralelos», ya que los tiempos vividos de cada persona son ajenos unos de otros por estar constituidos por vivencias particulares.

Partiendo de estos conceptos, García-Gómez estudia a través de una serie de situaciones de la novela lo que el llama estructura imaginativa o fantástica del protagonista, o sea, el poder de Castel de recuperar e interpretar su propia vida presente a través del recuerdo, la imaginación y la anticipación «tres mo-